

QUIERO SUBIR AL CALVARIO
II Pregón de la Cofradía del Santísimo Cristo de los Méndez

Miguel Luis LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ

“Dios ha estado grande con nosotros, y estamos alegres”
(Sal 125, 3).

Dios nos ha regalado una nueva primavera y, para que no olvidemos las ternuras de su amor, otra Semana Santa.

Creo en un Dios que es Padre y Creador.
Creo en un Hijo hecho Hombre por amor.
Creo en el soplo consolador del Espíritu de Dios.

Creo en su poder infinito, sólo superado por su amor.
Creo en su bondad sin límites.
Creo que está en todas las cosas y en todos los hombres.
Creo que su gloria es la nuestra.

Porque firmó la Alianza con su Sangre (Mc 14, 24).
Y ahora nos toca recordarlo.

Entérate, Baza, y mírate en el rostro de tus Cristos,
en los tiernos ojos del Rescate,
en los párpados caídos de la Misericordia,
en la humana, humana, humana, mirada del Nazareno,
en la vista perdida del Cristo del Amor,
en la serena gracia del Cristo de los Méndez,
en la compasiva luz del Descendimiento,
en la vida apagada del Cristo Yacente,
en las encendidas pupilas del Resucitado.

Acuérdate, Señor, de mí, cuando llegues a tu reino (Lc 23, 42).
Acuérdate de mi fervor mariano.

María, que me valga una vez más la caricia de tus manos.
Amorosos dedos de la Santa Cruz,
manos de la Soledad elevadas al cielo,
caricias de pena y dolor en su Victoria,
brazos maternos llenos de Esperanza,
recogidas manos de María en sus Dolores,
cerradas, apretadas, cuando todo fue Silencio.

Estrena, Baza, tu Semana Santa.
Que el tuyo es un Dios de juegos sin fin, de miles de oportunidades.
Aquí lo tienes otra vez.
Te exige un culto en espíritu y en verdad (Jn 4, 23).

Alza al cielo el emblema de tus cruces de guía,
haz ondear al viento la riqueza de tus estandartes,
eleva hasta las nubes los sonidos de tus bandas,
contagia el aire con el olor del incienso,
inunda tus calles con la ofrenda de los cirios,
viste nuestras almas con hábitos nazarenos,
con la pureza de las albas a los acólitos,
tuyas son las fajas y las zapatillas,
las medallas de los costaleros,
la estilizada horquilla de quienes portan tus pasos.

Porque Él pasa otra vez. Es la Pascua del Señor.
Nunca se olvidó de nosotros.
Y un día nos llevará con Él
a la derecha de Dios Padre.

Esta es, Baza, tu fe.
Este es el credo que profesamos.

Proclamadlo a los cuatro vientos.
Que lo sepan las parroquias de Baza: el Santo Ángel y Santiago, San Juan y el Sagrario.
Que lo sepan sus capillas, que lo sepa el santuario.
¡Que la Patrona de Baza lleva a Cristo entre sus brazos!
¡Desde Belén hasta el Calvario!
Nos ofrece aquel bendito fruto, el afán de sus desmayos.
Nos ofrece la vida, nos brinda su maternal cuidado.
Nos guía por el camino, lo recorre a nuestro lado.
Nos promete el Cielo y nos susurra: “Te amo”.

Y por eso, yo quiero subir al Calvario.

* * *

Rvdo. P. Consiliario de la Cofradía del Stmo. Cristo de los Méndez,
Sr. Hermano Mayor, querido Ángel,
Sr. Presidente y directivos de la Federación de Cofradías,
Miembros de la Junta de Gobierno del Cristo de los Méndez,
Cofrades y devotos de Jesús Crucificado, hermanos y amigos todos.

No tengo más mérito, entre vosotros, que ser cofrade.
Me enorgullezco de ello.
Y lo digo a los cuatro vientos.
Esta es la herencia de mis padres:
Que desde los once años soy un NAZARENO.

Gracias, por tanto, por la confianza que habéis puesto en mi voz, por el cariño de vuestros halagos. Gracias, Ángel. Gracias, de verdad, Juan Antonio, por tu extraña virtud en la actualidad de querer aprender algo cada día. Gracias, mil gracias..., pero sólo acepto que me consideréis un cofrade, uno más entre vosotros.

Vuestro tesoro está en la Iglesia Mayor, pero aquí tenéis una segunda casa, porque es imposible llegar a Cristo sin la invitación amorosa de su Madre, nuestra Madre. Así lo entendemos en nuestra tierra. Así lo expresó Juan López de Úbeda en el siglo XVI:

Jesús, nombre que al muerto le da vida;
María, que la gracia nos alcanza.
Jesús, en quien estriba mi esperanza;
María, ejemplo que a vivir convida.

Jesús, puerto del alma convertida,
María, peso y celestial bonanza.
Jesús, a cuya hechura y semejanza
María fue por nuestro bien nacida.

Jesús, que en el oído que resuena
María con Jesús van a porfía.
Jesús diciendo el mar, la tierra, el cielo.

María es virgen de pecado ajena.
Jesús es quien da gracia y gloria al suelo.
Quien buscare a Jesús, llame a María.

Y hoy la noche bastetana ha prestado su firmamento a esta iglesia, haciendo claridad divina la cúpula barroca de San Felipe Neri, como abriendo el balcón del Cielo para que hasta Cristo y hasta María llegue nuestra alabanza.

Y porque nunca la olvidamos, ni Ella nos olvida, le abristeis un camarín de delirantes formas y destellos rococó, pidiéndole que por siempre se quede con vosotros.

¡Bendita sea la Santa Madre de Dios, María Santísima de los Dolores!

Ante María, en esta coqueta iglesia de caprichosa portada de columnas retorcidas, hay que venir como un niño, el niño que describiera D. Miguel de Unamuno:

Agranda la puerta, Padre,
porque no puedo pasar;
la hiciste para los niños,
yo he crecido a mi pesar.
Si no me agrandas la puerta,
achícame, por piedad;
vuélveme a la edad bendita
en que vivir es soñar.

I

Soñemos.

La primera escena de nuestro drama es el desierto. El monte SINÁI se levanta ufano en medio de soledades de piedra y arena.

El desierto es la palestra de la preparación expectante. Desiertos son nuestras vidas. Extraviadas, distraídas, se acercan hasta Cristo en la penumbra de un templo, que custodia la fe de Baza entera.

Mudas oraciones han quedado prendidas en los invisibles ropajes del aire. No respira este Cristo, pero nos da calidez desde la frialdad misma de la muerte. Mundo de contrastes. La pasión de su amor frente a la tibieza de nuestra alma.

Sabor a humanidad. Hombres y mujeres rodean al Hijo de Hombre, entronizado en una cruz con una bóveda gótica como firmamento. Cristo muerto entre una humanidad que se aferra a la vida... y musita su oración. "Señor, sólo tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6, 68).

Capilla coqueta, clima de devoción, cera, incienso, luz para la gloria de Dios.

Cristo en el Calvario, Cristo de siempre, Cristo muerto, entre nosotros.

Este Cristo muerto no está ciego, ni sordo, ni mudo. Sin llevar la cuenta de nuestros defectos nos habla desde el silencio, alumbra nuestro desierto.

Cristo muerto, en los versos de Rafael Prieto:

Puesto en alto, Jesús crucificado
es un fuego de cinco resplandores:
el primero es perdón a malhechores
el segundo, oración al Padre amado,
el tercero es limpieza de pecados,
el cuarto es la paciencia en sus dolores
y el quinto, la expresión de sus amores
que brotan como ríos del costado.

Enciéndeme, Jesús, en este fuego,
adéntrame Señor, en esta llama,
quema mis impurezas, mis apegos,
y prepara una pira con mis ramas.
A ti, fuego divino, yo me entrego:
y sea en adelante brasa que ama.

Esta brasa de amor dura ya sesenta y cinco años, sesenta y cinco años de vida de hermandad. Y antes, mucho antes, décadas y décadas de rezos, peticiones y acción de gracias, con su lámpara de aceite siempre ardiendo, con un altar cuajado de llamas – una por cada bastetano y bastetana- cada Jueves y Viernes Santo ante su Imagen Soberana.

Décadas de culto desde que Antonio Martínez Olalla tallara la nueva imagen del Crucificado, aquel que procesionó por vez primera en 1940. Cristo de tres clavos, con los brazos siempre abiertos y apretadas las manos.

Pero la historia nos invita a remontarnos en el tiempo, porque la obsesión de su amor es muy anterior. Es de siempre, y nunca la detuvo la destrucción del hombre. Se perdió, sí se perdió en 1936, la obra tallada por Cecilio López en 1649, hace 360 años.

Tal vez destruyan templos y asesinen a cristianos (también hoy, con la sutileza propia de nuestro mundo).

Pero su mensaje es eterno y habita en nuestro corazón. Cielo y tierra pasarán, mas su Palabra no pasará (Lc 21, 33).

Destruyeron su efigie, pero no su recuerdo, y mucho menos su devoción. Para colmo, se nos quedó de nuevo con el aire de José de Mora y lo albergasteis en la Iglesia de la Encarnación, junto al Altar Mayor, donde Cristo se eleva sobre el Gólgota de la Custodia para adoración de los fieles.

Y es que el amor lo puede todo. Y este Cristo de los Méndez está rodeado del amor de los bastetanos.

Pero no olvidéis que Él nos amó primero y nos ama siempre.

Quienes habéis descubierto su amor, ya no lo cambiáis por nada.

La fe del pueblo no entiende de razones, sólo de corazón. Aquí “el corazón manda”, como en el lema de los Granada Venegas, descendientes del caudillo bastetano Cid Hiaya.

Sabéis bien lo que es la fe.
Fe es soportar la gélida madrugada.
Fe es cargar con el peso de los pasos.
Fe es planchar el traje de nazareno.
Fe es besar y colgarse la medalla.
Fe es portar el cirio.
Fe es pinchar la flor.
Fe es rezar con la boca, con la mente y con las fuerzas.
Fe es subir y bajar a diario la rampa que lleva a su capilla.
Fe es pasar la mano por sus pies y besarlos.

Fe es guardar la flor seca que le acompañó.
Fe es mirarle cada día en la foto que llevas en la cartera.
Fe, es sólo fe, sin más explicaciones.

Nuestro desierto, como el de Moisés, se ha convertido en ardiente zarza. Es un milagro patente. Es Cristo quien lo ha hecho (Sal 117, 23).

Nuestro desierto acaba en su vergel, la tierra que mana leche y miel (Ex 3, 8).
La cuaresma desemboca en la primavera. Y con ella estalla la hermosura.

Precisamente Santa Teresa de Jesús nos recuerda que Dios es hermosura:

¡Oh, Hermosura, que excedéis
a todas las hermosuras!
Sin herir dolor hacéis,
y sin dolor deshacéis
el amor de la criaturas.

¡Oh, nudo que así juntáis
dos cosas tan desiguales!
No sé por qué os desatáis,
pues, atado, fuerza dais
a tener por bien los males.

Juntáis quien no tiene ser
con el Ser que no se acaba:
sin acabar, acabáis,
sin tener que amar, amáis,
engrandecéis nuestra nada.

Así, sencilla, como la fe de la Santa de Ávila entre peroles, es nuestra devoción.
Y más ahora, con músculos en tensión y sentimientos a flor de piel.
Inquietos horquilleros que lo elevarán una vez más sobre un descarnado calvario.

Manos mimosas de camareras para prender la flor en cada resquicio del Gólgota.

Y luego, la espera, sabiendo que una noche de luna llena, cuando el reloj conjure al sueño con once campanadas, acariciaréis su gloria con vuestras manos.

Allí donde está la cofradía todo es recogimiento. Todo un programa de vida. No de discípulos tímidos y temerosos, sino de hombres y mujeres de fe, confiados en la meditación, en el diálogo con Jesús. Porque el Cristo de los Méndez es una imagen para hablarle y susurrarle confidencias.

La senda del Calvario
está sembrada de iris y de cardos.
La senda del calvario
es pedregosa y de trazado amargo.
Mas la senda del Calvario
lleva a la gloria excelsa
de una cruz de plata,
de una flor de nardo.

Cuando Cristo altivo se levanta
al final del cruel itinerario,
quien quiera seguirle de verdad
ha de pisar la senda amarga
y dolorosa del Calvario.

Ha de saber qué es penitencia.
Ha de gustar la soledad,
y el desprecio, y la indiferencia.

Ha de seguirle sin más.
Seguirle sin volver la vista atrás,
sabiendo que la amargura del camino
se olvida con la dulce voz amiga del Amado.

Dichoso desierto que mereció tal paraíso.
Dichosa culpa que mereció tal Redentor.

Ahí, en su coqueta capilla, en el ábside de la Iglesia Mayor late vuestro corazón,
el corazón de la hermandad.

Ese que se pone en hora cada vez que un hermano se acerca para hablarle.

Ese que afina su puntualidad en una jornada del Triduo Cuaresmal, como hoy,
compartido desde el quinto viernes de Cuaresma, con las hermandades de la Santa
Cruz y del Silencio.

A la Madre la visteis presurosa, en la calle Monjas, el Martes Santo, ahora toda
Baza os espera. Ahora, como en un resumen de la historia de la salvación, se dispone a
pasar en apenas unos metros, bajo los relieves pétreos de la Encarnación y la Piedad.
María es garante del mensaje de la redención. María avala la humanidad de Cristo
desde la misma concepción hasta la sepultura...

Ahora ya sabéis su destino: la muerte y una muerte de cruz.

A vosotros sólo os queda ponerlo en alto para que se cumpla la Escritura:
«Cuando sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32).

Y ante Él doblarán la rodilla hasta los reyes de la tierra.

II

Cristo es Camino. Una cruz de guía se abre paso entre filas nazarenas. Madera
tallada, con el sello de los Hermanos Jiménez. Dichoso el heraldo que os señala el
Camino: Que Cristo es Camino.

Nos lo recuerda fray Luis de León en *De los nombres de Cristo*. Hoy,
cuatrocientos años después de escrita esta reflexión, sigue vigente y la revive Baza junto
a su Crucificado:

“Llábase también CAMINO Cristo en la Sagrada Escritura. Él mismo se llama así en San Juan, en el capítulo catorce: “Yo, dice, soy camino, verdad y vida”. Y puede pertenecer a esto mismo lo que dice Isaías en el capítulo treinta y cinco: “Habrá entonces senda y camino, y será llamado camino santo, y será para vosotros camino derecho”. Y no es ajeno de ello lo del Salmo quince: “Hiciste que me sean manifiestos los caminos de vida”. Y mucho menos lo del Salmo sesenta y seis: “Para que conozcan en la tierra tu camino”, y declara luego qué camino: “En todas las gentes tu salud”, que es nombre de Jesús”.

El monte Sinaí se ha convertido en CALVARIO. Ahora Jesús no sólo es tentado,
sino zaherido, despreciado, humillado.

Fray Luis de León nos recuerda que todo lo soporta por amor:

“Él dice de sí que es manso y humilde, y nos convida a que aprendamos a serlo de Él. Y mucho antes el profeta Isaías, viéndolo en espíritu, nos lo pintó con las mismas condiciones, diciendo: No dará voces ni será aceptador de personas, y su voz no sonará fuerte. A la caña quebrantada no quebrará, ni sabrá hacer mal ni aún a un poco de estopa, que echa humo”.

Y nosotros –caña quebrada, pabito vacilante- acudimos a la iglesia cuando ya es de noche sobre Baza. Túnica morada y capa grana. Nunca es más grande el cofrade que vestido de nazareno. Porque entonces mostráis vuestra exacta identidad. Sois de Él y sólo de Él.

El reloj pone en hora el corazón cofrade: once de la noche. Tus horquilleros te acercan hasta la puerta: Baza, te espera.

La madera hizo el resto, en su delicada fragilidad se encarnó la grandeza de un Dios. Calle Zapatería, zaguán de la casa de los Méndez-Pardo, noche bastetana.

¡Allí fue el milagro!

Por el madero venimos.
El madero os dejamos.

Gubias en manos de ángeles,
rostro de un Dios cercano.
No quiso dejaros solos,
siempre os ofrece su mano.

Por el madero venimos.
El madero os dejamos.

La luz de Dios se hizo signo,
yo era esclavo y me hizo hermano.
La voz de Dios se hizo trueno
y cambió nuestro ser pagano.

Por el madero venimos.
El madero os dejamos.

Con la Madre le seguimos,
meta del amor mariano.
Con cada hermano queremos
ser de su viña hortelano.

¡Por este madero venimos!
¡Y este madero os dejamos!

Cada año, a la altura del callejón de los Méndez Pardo, trajes negros y corbatas de luto, le vuelven en reverencia, rememorando el milagro.

¡Que Dios un buen día quiso que Cristo se quedara a vuestro lado!

La leyenda del Cristo, como muchas otras leyendas, es la expresión suprema del divino amor, con los cinco sentidos abiertos –porque el pueblo percibe a Dios por los sentidos y el hombre está hecho a su imagen y semejanza-, los cinco sentidos, digo, para dejarse impregnar de las necesidades de los hombres.

Siendo Él la soberanía suprema, gusta de escuchar las súplicas de los humildes.

Siendo Él la belleza absoluta, no rehúsa mezclarse con lo feo y lo desagradable.

Siendo Él la sabiduría perfecta, no duda en acercarse a nuestros miedos y desconocimientos.

Esa es la lección del madero del Cristo roto de los Méndez: poder en su fragilidad, belleza en su simplicidad, sabiduría en su sencillez.

Señor, “Tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo” (Jn 21, 17). Tú sabes por qué sufro, Tú conoces mi enfermedad y mi dolencia. En tus brazos abiertos, sólo en ellos, está mi futuro. No me desampares. Ni a mí, ni a mis hijos, ni a mis padres. Sólo en ti

confío, espero ver tu rostro frente a mi casa cada Jueves Santo. Espero verte un día en el esplendor de tu gloria. Pero, entretanto, sólo tu mano me da confianza, porque tu brazo es poderoso y siempre está presto a la batalla –mi batalla, vuestras batallas- enarbolando el arma suprema del amor.

Gracias, Señor.

En Baza el mismo Cristo toma el apellido de vuestras familias, de regidores y de hidalgos, abades y priores. Decir Méndez Pardo es igual que decir Magaña o Jiménez, Mora o Velasco, Dengra o Azor, Moya o Lozano...

Él con vosotros. Vosotros con Él. Esta es la comunión cofrade. Porque la fuerza del horquillero es su fuerza y los pies del horquillero son los de Cristo muerto. Sois sus ojos, sois sus manos, sois sus pies... Pero sabéis que el paso sólo anda con el corazón, isabéis que sólo en Él está vuestro descanso!

Vosotros le regaláis cuatro horas de estación. Desde las once de la noche hasta pasadas las tres de la madrugada, cuando un jueves blanco y rojo –pan y vino consagrados- se han teñido de morado: oprobio y dolor. Morado y rojo (símbolo de la alianza) marcan simbólicamente en Baza el tránsito del Jueves al Viernes Santo.

Hermanad bisagra, de vírgenes prudentes y pastores vigilantes. Vuestra es la noche más grande de cuantas se hicieron para Dios.

Sí, que nadie duerma en esta noche. Es el paso del Señor y viviremos el aterrador desprecio de los hombres marcado a sangre, y con saña, en la soledad de un Dios.

Toda Baza enmudece y la plaza se convierte en el epicentro de la fe bastetana.

Baza, tu Viernes Santo es expresión de luto y desolación.

El firmamento entero, que sustituye ahora a las bóvedas de la iglesia mayor, se conmueve.

Ese Cristo se parece ahora, más que nunca, a ese “animal desconsolado” que es el hombre en palabras de José Saramago.

¿A dónde llegó la temeridad de los hombres? ¿A dónde su osadía? Dios abandonado se recorta sobre un cielo de gaviotas muertas y de mares imposibles. Se ha borrado la línea del horizonte. Luto en la Tierra, llanto en el Cielo.

¿Acaso ahora recuerda alguien aquella voz de trueno con palabras de invitación? “Este es mi hijo amado, escuchadle” (Mc 1, 11). Pero la Palabra vino a los suyos y éstos no la recibieron (Jn 1, 11).

Vino a los suyos la Palabra,
pero no la recibieron.
Llamó a la puerta de su casa,
pero no le abrieron.
Se quedó fuera la Palabra
con los más pobres:
los niños, los sencillos, los pacíficos,
vacíos de sí mismos,
hijos de Dios para siempre.

(Rafael Prieto)

En los más pobres vive por siempre Cristo. Su rostro es el rostro de los que sufren, porque Él sufrió en la cruz.

“Dios ha muerto”, dijo el filósofo. Y el hombre, obnubilado, lo creyó.

Lo confinó al abismo, fue Él quien lo condujo a los infiernos, lo hizo partícipe de la misma caída de Adán y Eva. Lo abajó a Dios de la nada.

Pero entonces descubrió que el hombre ya no era nada. Y en Viernes Santo las mentes quedan paralizadas, carentes de sentido, buscando resquicios de luz en la noche oscura, deambulando por la calle, sin rumbo..., hasta encontrarlo.

Baza penitente, Baza sufriente, Baza desorientada.

¡Levanta tus ojos para ver el faro que te alumbra! Faro muerto, pero luminoso, zarza ardiendo en la noche, sobre la cima del Calvario.

Y ahora, roto el silencio, se clavan en el aire de Baza, en cualquier esquina, los versículos de San Mateo que describen la muerte del Justo.

Y vosotros, cofrades, dejáis vuestros ojos prendidos en su mirada, “enganchados”, sí, enganchados sólo en Él.

Cristo de los Méndez, danos tu perdón y tu consuelo:

Meditación de Manuel Benítez Carrasco

(dedicada a todos los que sufren hoy desconsuelo y desesperanza)

Al verte, mástil sin vela
y abandonado del cielo,
intento darte consuelo.
Y eres Tú quien me consuela.

Por mis pecados expiras,
dando con ello razones,
que más que para las iras
estás para los perdones.

Y dejando entre tus dedos
todo tu poder, clavado,
aún me ofreces el costado
para quitarme los miedos.

Árbol, torreón, escudo,
pararrayos mío fuiste;
y cómo tal viento pudo
dejarte así en un tan triste

árbol tan desarbolado,
pararrayos tan herido,
torreón tan derribado,
escudo tan destruido...

Dejar quiero, como rosas
sinceras y arrepentidas,
unas lágrimas piadosas
que consuelen tus heridas.

Pero Tú arreglas las cosas
a tus maneras divinas;
y, al devolverme las rosas,
te quedas con las espinas.

De más dolores te llenas,
en más dolores porfías,
y así te colmas de penas
al hacer tuyas las mías.

Con tan generoso juego
con que juegas al amor,
vas a conseguir, Señor,
-y no te lamentes luego-,

que, en convenio tan injusto,
yo sume malas acciones
para que te des el gusto
de multiplicar perdones.

Cuando comprender persigo
tan descompasado amor,
sólo comprendo, Señor,
que no se puede contigo.

Pues, ¡quién le puede a un amigo
que, sobre tanto tormento,
aún se hace vid, se hace trigo,
para ser nuestro alimento...!

Me rindo, pues, a tu celo,
celo tan empecinado;
sigue, gran desconsolado,
siendo todo mi consuelo.

Sí, ponadlo en alto y pregonad a los hombres su perdón.
Alumbradle con cuatro cirios blancos, para que todos le vean el rostro.
No lo escondáis bajo el celemín (Mt 5, 15). Que Él quiere veros a todos.
Suavizad las aristas de las piedras del calvario con el aterciopelado tacto de
morados pétalos.

Tributadle los sentidos sonos de una capilla musical.
¡Que esta noche Baza es un trozo de cielo!

Callad todos, que nos habla ahora el recogimiento de la Santa de Ávila:

Sea mi gozo en el llanto,
sobresalto, mi reposo,
mi sosiego, doloroso
y mi bonanza, el quebranto.

Entre borrascas, mi amor,
y mi regalo, en la herida,
esté en la muerte mi vida
y en desprecios, mi favor.

Mis tesoros, en pobreza
y mi triunfo, en pelear,
mi descanso, en trabajar
y mi contento, en tristeza.

En la oscuridad, mi luz,
mi grandeza, en puesto bajo,
de mi camino, el atajo
y mi gloria sea la cruz.

Mi honra, el abatimiento
y mi palma, padecer,
en las menguas, mi crecer
y en menoscabos, mi aumento.

En el hambre, mi hartura,
mi esperanza en el temor,
mis regalos, en pavor,
mis gustos, amargura.

En vida, mi memoria,
mi alteza, en humillación,
en bajeza, mi opinión,
en afrenta, mi victoria.

Mi lauro esté en el desprecio,
en las penas, mi afición,
mi dignidad, el rincón
y la soledad, mi aprecio.

En Cristo, mi confianza,
y en Él sólo, mi asimiento,
en sus cansancios, mi aliento
y en su imitación, mi holganza.

Aquí estriba mi firmeza,
aquí, mi seguridad,
la prueba de mi verdad,
la muestra de mi fineza.

Y el clarinete, el oboe y el fagot emiten sus lúgubres sonos para ablandarnos el corazón. Cristo muere por los hombres, Cristo muere por amor. En su flaqueza –Dios de contradicciones- está curiosamente su grandeza. Así nos lo recuerda de nuevo fray Luis de León:

“Porque lo flaco y lo despreciado de Cristo, su pasión y su muerte, aquel humilde escupido y escarnecido, fue tan de piedra, quiero decir, tan firme para sufrir y tan fuerte y duro para herir, que cuanto en el soberbio mundo es tenido por fuerte no pudo resistir a su golpe; mas antes cayó todo quebrantado y deshecho, como si fuera vidrio delgado”.

Y el velo del templo se rasgó.

En la soledad de la Iglesia Mayor, su figura se agiganta. Se han apagado las luciérnagas de forja que sostenían vuestras luces, se han marchitado las llamas de los cirios morados. Pero brilla la luz divina del mismo Dios acampado entre nosotros, hospedado en el sagrario.

A las tres de la mañana Cristo es llevado al sepulcro. El silencio es mucho mayor, sordo, hiriente, mientras se cierran las puertas del templo tras la silueta del Hombre roto, del Cristo muerto, por amor.

III

Nuestra tercera estación: de la muerte a la vida.

Nos lo recuerda otra vez fray Luis de León:

“Se escribe, en otro lugar, de Cristo: *Que nuestros pecados todos los subió en sí, y los enclavó en el madero.* Y lo que a los Efesios escribe San Pablo: *Que Dios nos vivificó en Cristo y nos resucitó con Él juntamente, y nos hizo sentar juntamente con Él en los cielos*”.

El Sábado Santo ha vuelto el Cristo a su capilla.
Piedad doméstica y amistad cercana.
Ahora es más vuestro, sin dejar de ser de todos.
San Juan de la Cruz canta a Cristo vivo.
Cruz y gloria al mismo tiempo en certeros versos, rebosantes de ternura:

Y al cabo de un gran rato se ha encumbrado
sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos,
y, muerto, se ha quedado asido a ellos,
el pecho de amor muy lastimado.

Cristo ha consumado la suprema lección de su amor. El Calvario es ahora un nuevo monte TABOR.

El que se humilla será ensalzado (Lc 14, 11). Dios le dará el nombre sobre todo nombre (Fil 2, 9).

Vosotros, cofrades, lo sabíais. Por eso no lo abandonasteis, como aquellos otros discípulos huidizos, atemorizados. No lo abandonasteis nunca y ahora menos.

Hagamos una tienda... ¡Qué bien se está aquí! (Mt 17, 4)

Pero no, no sois cofrades de sacristía.

Baza os espera.

“Id y haced discípulos a todas las naciones” (Mt 28, 19). Cambiad el hábito de penitencia por túnica blanca y livianas sandalias.

Este mundo es de nuevo nuestro mundo. Lo miramos con nuevos ojos, más limpios y despejados. Nuestra es la ciudad de Dios, porque Jesús nos la dio en herencia. Ya no es Padre sino Hermano.

Adelante, hermanos, adelante.

Que otro mundo es posible.

Que la semilla está en vuestras manos.

La semilla que mana de su costado abierto, de nuevo en los versos de Rafael Prieto:

Jesús, crucificado y exaltado,
grita angustia mortal, pero confía.
La noche lo envolvió, pero es el Día,
de dolor y de gloria aureolado.

La muerte, que es de un Dios enamorado,
ha perdido su fuerza y osadía.
El infierno es sólo travesía,
la cruz ya es un imán de Dios cargado.

Molido de dolores y sonriente,
el desgarró brutal y la hermosura,
semilla de esperanza en la amargura.

Certeza de victoria al combatiente.
El dolor en amor es lo más fuerte,
el amor es más fuerte que la muerte.

Todo lo pudo el amor. Amor infinito.
Apenas esperaréis cuarenta horas para que en aquellos muros, mudos y anegados de tristeza, resuenen las alabanzas del Pregón Pascual:

En verdad es justo y necesario
aclamar con nuestras voces
y con todo el afecto del corazón
a Dios invisible, el Padre todopoderoso,
y a su único Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Porque él ha pagado por nosotros al eterno Padre
la deuda de Adán
y, derramando su sangre,
canceló el recibo del antiguo pecado.

Porque éstas son las fiestas de Pascua,
en las que se inmola el verdadero Cordero,
cuya sangre consagra las puertas de los fieles.

Ésta es la noche
en que sacaste de Egipto
a los israelitas, nuestros padres,
y los hiciste pasar a pie el mar Rojo.

Ésta es la noche
en que la columna de fuego
esclareció las tinieblas del pecado.

Ésta es la noche
en que, por toda la tierra,
los que confiesan su fe en Cristo
son arrancados de los vicios del mundo
y de la oscuridad del pecado,
son restituidos a la gracia
y son agregados a los santos.

Ésta es la noche
en que, rotas las cadenas de la muerte,
Cristo asciende victorioso del abismo.
¿De qué nos serviría haber nacido
si no hubiéramos sido rescatados?

Vive, sí. Vive aquí.
Baza, aquí lo tienes.
Convirtió la noche en día, ahuyentó todos los temores.
Mira su cuerpo, recoge su sangre, toca sus llagas.
Siempre estuvo con nosotros.
Noche Santa de la Santa Resurrección. Amanecer de la Nueva Humanidad.

Y en el mes de mayo llegan los ecos poéticos del santo carmelita enamorado de la Cruz, o de quien escribiera coplas a la muerte de su padre, de autores de ayer y de siempre, en homenaje al insigne bastetano que se llamó José de Mora, con exquisito acompañamiento musical, el pasado año a cargo del Coro Juan Hernández, profesores del Conservatorio Profesional de Música *José Salinas* y la Camerata *Bastitania Clásica*.

Formas bellas, bellísimas, de alabar a Dios con el verso y con la música.

Y es que cuando la primavera se nos va, entonces, buceando en nuestro recuerdo, hacemos cuentas con Cristo, cuentas con nosotros mismos. Y vemos que seguimos debiéndole; y aún así le pedimos.

Sólo Él es nuestra esperanza.

La pregonan las rogativas.

Quintaesencia de una vida antaño campesina, pero siempre, siempre, repleta de necesidades.

Tus rogativas, Baza, por los que están y por los que se fueron.

Rogativas por las lluvias y cosechas.

Rogativas contra el hambre y la miseria.

Rogativas por la salud y el bienestar.

Rogativas contra las pestes de todas las épocas.

Rogativas por la paz y la convivencia.

Rogativas contra el odio y el desprecio.

Rogativas por el amor y la ternura.

Rogativas contra el olvido y el abandono.

Rogativas por la ilusión de la juventud.

Rogativas contra el desencanto y la desidia.

Rogativas por la paz y por la vida.

Rogativas contra la muerte de inocentes no nacidos.

Rogativas por la dignidad de las mujeres.

Rogativas contra maltratos e indiferencias.

Rogativas por las necesidades de los mayores.

Rogativas contra la soledad y el desamparo.

Tus rogativas, Baza, prendidas del manto de la Virgen de la Piedad.

Y el Cristo de los Méndez como testigo de excepción, cuando se asoma a la Plaza al paso de la Patrona y todos escucháis esa incansable voz de madre: “Haced lo que Él os diga” (Jn 2, 5).

* * *

Nuestra historia es la historia creadora de Dios Padre, una larga senda donde se aquilata el compromiso, Sinaí de la FE.

Nuestro presente es la actualización del mensaje de Cristo, la suprema lección en el Calvario de su AMOR.

Nuestro futuro fluye con el soplo del Espíritu Santo, en busca del nuevo Tabor, expresión inequívoca de nuestra ESPERANZA.

“Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad” (I Cor 13, 13).

Cofrades del Cristo de los Méndez, escuchad mis últimas palabras: “Habéis elegido lo mejor”. La fuerza del amor.

Y María también es vuestra guía. Hoy está aquí con nosotros. Maestra del amor. No una Virgen delicada y edulcorada. Sino la mujer fuerte, la que cree sin reservas en la “revolución del amor”, que Jesús vino a cumplir en la tierra:

Mujer de los silencios y la escucha,
la Virgen vigilante de esperanza,
dócil siempre al Espíritu divino,
escucha sus palabras y las guarda.
Y la Palabra se hace entraña en ella,
enamorada, se llena de Palabra...

María es el anhelo de los pobres,
la más pobre y pequeña de su raza,
abierto el corazón, vacía el alma,
y el Sí de Dios a la pobreza humana.
Ensalza a los humildes, los hambrientos,
y profetiza el día de mañana.

Todo será mejor, será distinto,
el mundo del amor y de la gracia.

Eres, María, icono y anticipo
de nueva creación resucitada.
Bendita tú, María, luz materna,
fe, caridad, esperanza iluminada.
(Rafael Prieto)

He dicho.

Miguel Luis LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ
Profesor Titular de Historia Moderna de España
Facultad de Filosofía y Letras de la
Universidad de Granada.